

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO III.

Madrid, 30 de Junio de 1895.

Núm. 105.

Director: Salvador Rueda.

CAPILLA RUSA



MÚSICOS QUE RECIENTEMENTE ACTUARON EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA

(De fotografía de A. Nieto.)



Entre erratas de imprenta y errores de redacción, se volverán locos los lectores cuando se echen á la cara algunos periódicos.

Y suele ocurrir que los honrados cajistas paguen culpas de periodistas indoctos, que diría doña Emilia, y débiles de sintaxis y aun de sindéresis.

En *El Resumen*, diario del atardecer, que publica, por cierto, artículos muy bien escritos, serios y dignos de ser leídos y celebrados, tropiezo con la siguiente errata, por más que para errata es gorda:

«En breve empezarán en el Gobierno militar de esta corte las obras para estallar la luz eléctrica.»

¡Para *estallar* la luz eléctrica!

¡Huyamos!

¡A la justicia!

A *La Justicia*, periódico.

Vengan ustedes conmigo y lean.

Y esta no es errata vulgar, aunque sí es *idioma* del vulgo infimo.

El estimado colega centralista, que también da á luz, no eléctrica, muy bien escritos trabajos políticos y literarios, titula uno de los del primer género:

«¡A por barcos!»

Este expresivo epígrafe-marisco recuerda los buenos tiempos del *¡Volvamos en sí!*, y del «Aconsejamos al señor Bretón de los Herreros», que escribía un gacetillero imberbe é indocumentado, «pegando un palo», como ellos dicen, al ilustre padre de *Marcela* y de *El pelo de la dehesa*.

¡Pobre Santa Coloma! (Q. E. P. D.)

¡Y se mofaban de él cuando escribía!

«Estábamos allí porción de ellos.»

Y aquello de:

«Frascuero empuñó el arma fraticida»....

¡Pues pocos Santa Colomas andan por esas redacciones «haciendo gemir las prensas»!

Ahora vamos, por partes, á Hamburgo, al canal del Báltico, á la inauguración....

Es decir, vamos á los partes de las agencias Havas y Fabra, y después, á otro día, nos ocuparemos en la admiración y elogio de las agencias *Pichichi* y compañía, que funcionan también, aunque humildemente, y aunque les esté mal el decirlo.

«Se veía á la derecha el potente perfil del *Niobe*.»

¿Perfiles potentes?

Andense ustedes en perfiles, y verán.

«El Emperador, que lo veía y oía *de todo*, desde el punto en que daba órdenes, saludó militarmente á la muchedumbre.»

¿Ya oye de todo? ¿Qué cosas oiría!

•••

«Después se embarcó en el *Kaiserader*, bajando en él el Elba, hasta la embocadura del canal.»

¿Bajando en él?

¿Ó bajando el Elba en él?

¿Ó bajando el Elba hasta colocarlo en la embocadura?

•••

«Al llegar el *Hohenzollern* á Holtenau, el Emperador estaba sobre cubierta, distribuyendo saludos á todos lados.»

¿Qué movilidad y cuánto saludo!

De seguro el Emperador habrá quedado harto de saluciones.

«Uno de los buques que navegaban en el canal, detrás del *Hohenzollern*, el yate inglés *Osborne*, tocó en una de las orillas, pero pudo desprenderse y continuar marchando.»

Uno de los que navegaban. Concordancia of vasceuce.

Pero verán ustedes el fenómeno que se observó en seguida, según la agencia Fabra:

«Todos los buques que le seguían hubieron de aguardar largo tiempo antes de seguir su marcha.»

Lo mismo que suele observarse en las procesiones, y en las conducciones de cadáveres al cementerio.

No puedo terminar diciendo que en el resto de la prensa no ocurre novedad, porque cada paso es un gazapo.

Nota.—En la mañana del domingo próximo pasado nos reunimos «en fraternal banquete» *porción de ellos*.

¿Qué tiroteo de chistes alusivos!

Allí conocí á tres ó cuatro cronistas y críticos de bellas artes, letras y cocina y *finances*.

EDUARDO DE PALACIO.

F E M E N I L E S

UNA CARTA

¿Por qué no te escribí? Perdón; del día me sorprendió la luz en la ventana, que copia, con sus varios esculpídos y sus guirnaldas de laurel, el agua.

Te contemplé en el pórtico un instante, y te vi en la marmórea escalinata saltar hasta la góndola ligera, que me privó del bien de tus palabras.

Contigo se alejó mi pensamiento, y sé que en el umbral de tu morada aun buscaste la luz de mis balcones en la obscura laguna veneciana.

Me volví á mi aposento; de la fiesta todo el grato desorden denunciaba, y tu nombre, tus versos y tus frases, en los salones y en mi sér vibraban.

Y junto al grupo del *Amor triunfante*, que me empieza á gustar porque te agrada, aun contemplé tu asiento junto al mío y el cojín que á mis plantas colocaras.

En los vasos corintios aun las flores esparcían sus múltiples fragancias, y quitando crudeza á los contornos, entre encajes las luces alumbraaban.

De Paolo Veronese las figuras que del fondo del techo se destacan, parece son trazadas en un cielo que le sirve de bóveda á la sala.

Y la Virgen del tríptico de Urbino, amoroso el mirar, la frente cándida, modesta la actitud, me sonreía, y á su Niño Jesús acariciaba.

Entre los dos espejos, que del marco amorcillos y pájaros retratan, la beldad que adoraron mis mayores en medio de su corte se levanta.

Y más que de vestir el manto regio, y más que de ser bella y ser romana, de haber servido de modelo á Vinci la hermosa altiva parecióme ufana.

El libro de tus cánticos sublimes sobre la mesa abierto, me brindaba su mundo de armonías y de ideas, inmortales destellos de tu alma.

Y junto á él del cenicero de oro oculta vi la artística guirnalda bajo el cigarro, que, gustado apenas, entre blanca ceniza allí dejaras.

Cuando al mirar el humo entre tus labios, inconsciente tal vez, volví la cara, y el cigarro apagaste, suponiendo que del humo el olor me disgustaba.

¿Por qué la vista separé del libro y clavé en la ceniza la mirada, buscando entre sus copos las ocultas flores en el platillo cinceladas?

¿Por qué, con inquietud inexplicable, pensé en las flores que el invierno mata, y en las hojas que lleva el torbellino, y en los nidos que rompe la borrasca?

¿Por qué, si de la vida no conozco ni el dolor ni las luchas; si las hadas de la dicha y del bien guardan mis horas, y te amé al conocerte, y tú me amas?

Si cuando Abril florezca los almendros seré tu esposa, y á tus pies sentada, podré escuchar tus versos, cual de niña escuché de mi madre las plegarias, ¿por qué entonces sentí grandes angustias, que creo sólo á la experiencia asaltan, y parecióme oír ecos y voces que de mentira y de traición me hablaban? ¡Ah! No lo sé; pero sufrí al oírlos, y sufrí al ver mis flores enterradas en la ceniza que dejado habías, cual simbólico signo de la nada.

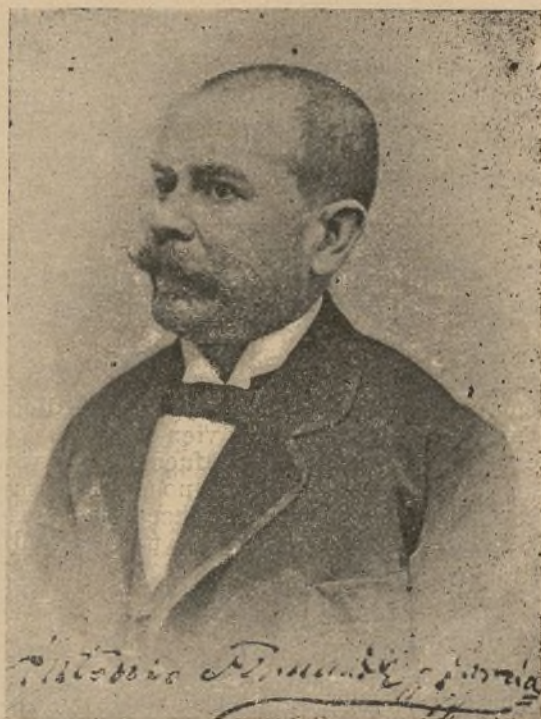
Vinieron á mi mente mil memorias incompletas, de cuentos y desgracias, y las horas del claustro, en que se aprende que no es eterna la ventura humana.

Y tuve miedo de la vida, miedo de perderte y morir, y enajenada quise echarme en tus brazos, y en tu pecho verter oculta mis primeras lágrimas.

¡Oh! ¡Qué horrible soñar!..... Mas ya despierta, impaciente te espero en mi ventana, donde anoche tu imagen y la mía copió, entre ramos de laurel, el agua.

No creas que mis íntimos desmayos, perfidias ó amarguras nos presagian; es que al ir hacia el cielo en lo infinito, temiendo no llegar, tiemblan las almas.

SOFÍA CASANOVA.



D. ANTONIO FERNÁNDEZ Y GARCÍA

Notable periodista

Director de la *Unión Mercantil* de Málaga

LA CANCIÓN DEL ORO



ADEANTE, harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizás un poeta, llegó aquel día, bajo la sombra de los altos álamos, á la gran calle de los palacios, donde hay desafíos de soberbia entre el ónix y el pórfido, el ágata y el mármol; en donde las altas columnas, los hermosos frisos, las cúpulas doradas, reciben la caricia pálida del sol moribundo.

Había tras los vidrios de las ventanas, en los vastos edificios de la riqueza, rostros de mujeres gallardas y de niños encantadores. Tras las rejas se adivinaban extensos jardines, grandes verdores salpicados de rosas y ramas, que se balanceaban acompasada y blandamente como bajo la ley de un ritmo. Y allá, en los grandes salones, debía de estar el tapiz purpurado y lleno de oro, la blanca estatua, el bronce chino, el tabor cubierto de campos azules y de arrozales tupidos, la gran cortina recogida como una falda, ornada de flores opulentas, donde el ocre oriental hace vibrar la luz en la seda que resplandece. Luego las lunas venecianas, los palisandros y los cedros, los nácares y los ébanos, y el piano negro y abierto, que ríe mostrando sus teclas como una linda dentadura; y las arañas cristalinas, donde alzan las velas profusas la aristocracia de su blanca cera. ¡Oh, y más allá! Más allá el cuadro valioso dorado por el tiempo, el retrato que firma Durand ó Bonnat, y las preciosas acuarelas en que el tono rosado parece que emerge de un cielo puro y envuelve en una onda dulce desde el lejano horizonte hasta la hierba trémula y humilde. Y más allá....

* *

(Muere la tarde.

Llega á las puertas del palacio un break flamante y charolado, negro y rojo. Baja una pareja y entra con tal soberbia en la mansión, que el mendigo piensa: decididamente, el aguilucho y su hembra van al nido. El tronco, ruidoso y azogado, á un golpe de fusta arrastra el carruaje, haciendo relampaguear las piedras. Noche.)

* *

Entonces, en aquel cerebro de loco, que ocultaba un sombrero raído, brotó como el germen de una idea que pasó al pecho, y fué opresión, y llegó á la boca hecho himno que le encendía la lengua y hacía entrechocar los dientes. Fué la visión de todos los mendigos, de todos los desamparados, de todos los miserables, de todos los suicidas, de todos los borrachos, del harapo y de la llaga, de todos los que viven, ¡Dios mío! en perpetua noche, tanteando la sombra, cayendo al abismo, por no tener un mendrugo para llenar el estómago. Y después la turba feliz, el lecho blando, la trufa y el áureo vino que hierve, el raso y el *moiré*, que con su roce ríen; el novio rubio y la novia morena cubierta de pedrería y blonda; y el gran reloj que la suerte tiene para medir la vida de los felices opulentos, que en vez de granos de arena, deja caer escudos de oro.

* *

Aquella especie de poeta sonrió; pero su faz tenía aire dantesco. Sacó de su bolsillo un pan moreno, comió, y dió al viento su himno. Nada más cruel que aquel canto tras el mordisco.

* *

¡Cantemos el oro!

Cantemos el oro, rey del mundo, que lleva dicha y luz por donde va, como los fragmentos de un sol despedazado.

Cantemos el oro, que nace del vientre fecundo de la madre tierra; inmenso tesoro, leche rubia de esa ubre gigantesca.

Cantemos el oro, río caudaloso, fuente de la vida, que hace jóvenes y bellos á los que se bañan en sus corrientes maravillosas, y envejece á aquellos que no gozan de sus raudales.

Cantemos el oro, porque de él se hacen las tiaras de los pontífices, las coronas de los reyes y los cetros imperiales; y porque derrama por los mantos como un fuego sólido, é inunda las capas de los arzobispos, y refulge en los altares, y sostiene al Dios eterno en las custodias radiantes.

Cantemos el oro, porque podemos ser unos perdidos, y él nos pone mamparas para cubrir las locuras abyectas de la taberna y las vergüenzas de las alcobas adúlteras.

Cantemos el oro, porque al saltar del cuño lleva en su disco el perfil soberbio de los Césares; y va á repletar las cajas de sus vastos templos, los bancos, y mueve las máquinas, y da la vida, y hace engordar los tocinos privilegiados.

Cantemos el oro, porque él da los palacios y los carruajes, los vestidos á la moda, y los frescos senos de las mujeres garbadas, y las genuflexiones de espinazos aduladores, y las muecas de los labios eternamente sonrientes.

Cantemos el oro, padre del pan.

Cantemos el oro, porque es en las orejas de las lindas damas, sostenedor del rocío del diamante, al extremo de tan sonrosado y bello caracol; porque en los pechos siente el latido de los corazones, y en las manos á veces es símbolo de amor y de santa promesa.

Cantemos el oro, porque tapa las bocas que nos insultan, detiene las manos que nos amenazan y pone vendas á los pillos que nos sirven.

Cantemos el oro, porque su voz es música encantada; porque es heroico y luce en las corazas de los héroes homéricos, y en las sandalias de las diosas, y en los coturnos trágicos, y en las manzanas del jardín de las Hespérides.

Cantemos el oro, porque de él son las cuerdas de las grandes liras, la cabellera de las más tiernas amadas, los granos de la espiga y el peplo que al levantarse viste la olímpica aurora.

Cantemos el oro, premio y gloria del trabajador y pasto del bandido.

Cantemos el oro, que cruza por el carnaval del mundo, disfrazado de papel de plata, de cobre y hasta de plomo.

Cantemos el oro, amarillo como la muerte.

Cantemos el oro, calificado de vil por los hambrientos; hermano del carbón, oro negro que incuba el diamante; rey de la mina, donde el hombre lucha y la roca se desgarras; poderoso en el poniente, donde se tiñe en sangre; carne de ídolo; tela de que Fídias hace el traje de Minerva.

Cantemos el oro, en el arnés del caballo, en el carro de guerra, en el puño de la espada, en el lauro que ciñe cabezas luminosas, en la copa del festín dionisiaco, en el alfiler que hiere el seno de la esclava, en el rayo del astro y en el champagne que burbujea como una disolución de topacios hirvientes.

Cantemos el oro, porque nos hace gentiles, educados y pulcros.

Cantemos el oro, porque es la piedra de toque de toda amistad.

Cantemos el oro, purificado por el fuego, como el hombre por el sufrimiento; mordido por la lima, como el hombre por la envidia; golpeado por el martillo, como el hombre por la necesidad; realzado por el estuche de seda, como el hombre por el palacio de mármol.

Cantemos el oro, esclavo, despreciado por Jerónimo, arrojado por Antonio, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, maldecido por Pablo el Ermitaño, quien tenía por alcázar una cueva bronca y por amigos las estrellas de la noche, los pájaros del alba y las fieras hirsutas y salvajes del yermo.

Cantemos el oro, dios becerro, tuétano de roca, misterioso y callado en su entraña, y bullicioso cuando brota á pleno sol y á toda vida, sonante como un coro de tímpanos; feto de astros, residuo de luz, encarnación de éter.

Cantemos el oro, hecho sol, enamorado de la noche, cuya camisa de crespón riega de estrellas brillantes, después del último beso, como con una gran muchedumbre de libras esterlinas.

¡Eh, miserables, beodos, pobres de solemnidad, prostitutas, mendigos, vagos, rateros, bandidos, pordioseros, peregrinos, y vosotros los desterrados, y vosotros los holgazanes, y sobre todo, vosotros, oh poetas!

¡Unámonos á los felices, á los poderosos, á los banqueros, á los semidioses de la tierra!

¡ Cantemos el oro!

Y el eco se llevó aquel himno, mezcla de gemido, ditirambo y carcajada; y como ya la noche oscura y fría había entrado, el eco resonaba en las tinieblas.

Pasó una vieja y pidió limosna.

Y aquella especie de harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizás un poeta, le dió su último men-
drugo de pan petrificado, y se marchó por la terrible sombra, rezongando entre dientes.

RUBEN DARÍO.

Exposición de Bellas Artes



LA ODALISCA

CUADRO AL PASTEL DE J. BENT, PREMIADO CON MEDALLA DE 3.ª CLASE

MI ALBUM



LOS BOQUERONES «VITORIANOS»

Á Matías Padilla

De los peces exquisitos
que el mar tiene en sus entrañas,
me gustan los más chiquitos,
en manojos pequeñitos
cual manojos de pestañas.

La mar que clara se riza
en las playas malagueñas
y las arenas tapiza,
los retiene y esclaviza
entre sus bancos de peñas.

Sólo aquel mar los produce
en sus orillas lucientes;
y la red que los conduce
como una joya reluce
entre las blancas rompientes.

El ejército bruñido
tiembla en la malla cogido
en confusión bella y grata,
como un combate reñido
de alfilerillos de plata;

y aun animando la vida
sus cuerpecillos pequeños,
en la pleita entretejida

les dan cama mal mullida
los cenachos malagueños.

La carótida estallando
y el pregonero enseñando
el torso de firme roca,
canta torciendo la boca:
¡vivitos y coleando!

El cuchillo al cinto preso
y partida en contrapeso
la carga que al suelo alcanza,
finge el hombre una balanza
con las dos tazas del peso.

—¡Eh, pescador!

—Mande uzía—

dice el hombre á una beata.

—¿Qué pescado arroja el día?

—Vitorianoz, arma mía,
más lucientrez que la prata.

—¡Pa arreglarlos no hay paciencia!

—Azí ze gana indurgencia;
y en vez de kirileizón
y el ayuno y la oración,
ze zufre eza penitencia.

—¿Y á cómo son, diga usté?
 —Á ocho *calés* la pezá.
 —¿La carnicera?
 —Cabá,
 y zi quiere, le daré
 por eze precio un quintá.
 —A seis los pago.
 —Que no.
 —Á eso y pesados á ley
 los daba otro que pasó.
 —Pero el otro no zoy yo,
 tengo palabra de rey.
 —¿Qué orgullo!
 —Porque ze pué.
 —Pues no compro nada, ea.
 —¿Comprá! Zi ze paece uzté
 ar muñeco que eztá en pie
 en la juente e la alamea.
 ¡Pues digo! ¡á zeiz! ¡y cabalez!
 zi ezto ze vende á doz realez
 en cualquié tierra, zeñora;
 ¡vaya uzté á muar mizalez
 y á confezarze en mal hora!
 Y fiero, refunfuñando
 espantosas maldiciones,
 la carga otra vez alzando,
 canta al irse: *¡boquerones,
 vivitos y coleando!*

—¿Chiss, chiss!

—¿Quién yama?

—Hacia allí,

hacia el portal de la tienda.

—¿El portal! Ya eztoy aquí.

—Buenos días.

—¿Ez á mí?

Buenos los tenga uzté, prenda.

—¿Hum, qué morraya!

—¿Morraya!

Canela zon, arma mía;
 pa eze roztro y eza taya
 loz cogí al romper el día
 á la oriya de la playa.

—¿Y á cómo?

—Á diez.

—Eso es mucho,

el limpiarlos vale más.

—Ezcuche uzté.

—Que no escucho.

—A ocho.

—Á seis, y doy de más.

¿Apaña?

—Pare uzté el rucho.

Pa uzté tengo yo, zalero,
 ¡cachito de azuca y mieles!
 de barde un zenacho entero,
 y biznagas y claveles,
 y vino, y hasta dinero.

Olé, los diente chiquitoz,
 marfileños y bonitoz,
 y loz dátilez de roza
 y la cara primoroza
 y los piezes menuditoz.

—Una libra, écheme usté.

—Lo que yo á uzté le echaría

no quieo penzalo, ¡pa qué!

—Que la pese usté corría.

—Maz corría no pue ze.

Va á abrí un buquete atró
 er pezo, der gorpetazo;
 y en el joyo ¡como hay Dió!
 vamo á cae loz do
 cogioz en un abrazo.

—¿Con pesas también?

—Zalero,

¡qué más peza que la mía!

—Iba á haber sangre, y no quiero.

—¿Quién te diera eza zangría!

—Vaya, tome usté el dinero.

—Venga, que ez pa un relicario;
 ézte lo zubo derecho

á bendecir al calvario,

pa yevalo zobre er pecho

como quien lleva un rozario.

—Adiós, que han dao las dié

y hay mucho que trabajá.

—Poz mañana gorveré;

¡engarzá en oro pa uzté

viá traé una pezcá!

Así, alegre en ocasiones
 y otras veces blasfemando,
 por calles y callejones
 canta el hombre: *¡boquerones,
 vivitos y coleando!*

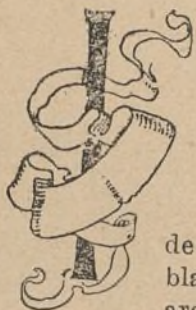
SALVADOR RUEDA.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES



UN NÁUFRAGO.—CUADRO DE FERRER CALATAYUD

PUESTA DE SOL



BAN por la playa bordeando casi, con su andar de pájaros, la línea del agua que mansamente y sin ruido mojaba la arena dejando impresa en ella leves surcos.

Cuando se bañaban los pies, los dos niños lanzaban alegres risotadas, que se perdían á lo lejos, llevadas por la brisa del mar.

Estaba la tarde serena y apacible, y allá en los límites del horizonte, el sol, á manera de disco de fuego, cerníase sobre las aguas como retardando el momento de esconderse en ellas y enviar á la tierra el último beso de su luz. Brillaba la superficie del mar como si un hálito de fuego rozara levemente las graciosas curvas del blando oleaje, mientras que bandas de hermosa claridad, que de lo alto venían, arrancaban chispazos de luz á las arenas de la playa.

El niño fué quien dió la voz de retirada; la chiquilla balbuceó una protesta; mas la autoridad del hombre se impuso en aquella soledad agreste y melancólica..... Había que volver á la casa. Debían andar un gran trecho por camino de rocas que dificultaban el viaje. Luego, con lo que él se entretuviera cogiendo pececillos por los charcos....., nada, ¡ en marchal! Cuando salvaron la distancia que los separaba del acantilado, la niña, una muñeca de seis años, con los pies descalzos y el traje hecho una lástima, se paró en firme. Ahora..... sí que la señorita se sublevaba y no seguía adelante. Soltóse del hermano, y allá fué corriendo hacia el pie del gigantesco peñón, que á manera de raíces de piedra extendía en la playa su basamento negruzco tapizado por las algas. Allí estaba el prodigio. ¡Virgen del Mar, lo que veía! Una hondonada en la misma piedra llena hasta los bordes de agua del mar; pero de un agua de mil colores, que el último rayo del sol poniente tornasolaba con sus más lindos matices.

¿Quién había colocado en sitio tan escondido semejante maravilla? Miró á su alrededor, y satisfecha de que nadie le arrebataría aquel tesoro, se arrodilló á contemplarlo junto á la piedra, conteniendo la respiración para no destruir aquel prodigio nunca visto.....

Fué cosa de un instante. De súbito el agua perdió sus tonos brillantes y tornóse de un gris azulado de cambiantes blancuzcos.

La niña, sorprendida, alzó la carita y miró á su hermano, diciéndole con pena:

—¡Agua bonita, y ahora fea!.....

Él, que ya conocía por experiencia las bromas del sol en la playa, se sonrió y siguió ahondando con un pedazo de hierro en una grieta del peñón.

La muñeca volvió á mirar el pequeño lago; otra sorpresa, el agua estaba aún más oscura.

Entonces sintió unos deseos tan grandes de llorar, que el hermano juzgó llegada la ocasión de hacer patente su sabiduría y consolar á la afligida.

—¡Pero tonta!, si es que el sol ya no alumbra, porque ya es de noche y se va á acostar.....

¡Ah! ¡El sol era el culpable! ¡Valiente granuja, y qué bromazo le había jugado!

Y para tomar venganza de aquella felonía, ella, la mocosa, irguió su monísima figura, y vuelta hacia el mar, encarándose con el sol, que ya no era más que una cinta de fuego en el horizonte, díjole entre borbotones de lágrimas y con aire de soberano desprecio:

¡Feo, feo....., tontol!.....

JOAQUÍN NAVARRO.

Á UNO DE TANTOS

¿Conque todo está gastado?
¿Conque no hay nuevo un asunto?
¿Conque ni un tema, ni un punto
hallas que no esté trillado?
¿Conque por motivo tal
tu pluma vas á romper?
¡Pues es imposible ser
hoy en día original!
Vamos, hombre, no delires.
¿Qué ha de estar todo *gastado*,
si aun hay *la mar* no estrenado
por donde quiera que mires?

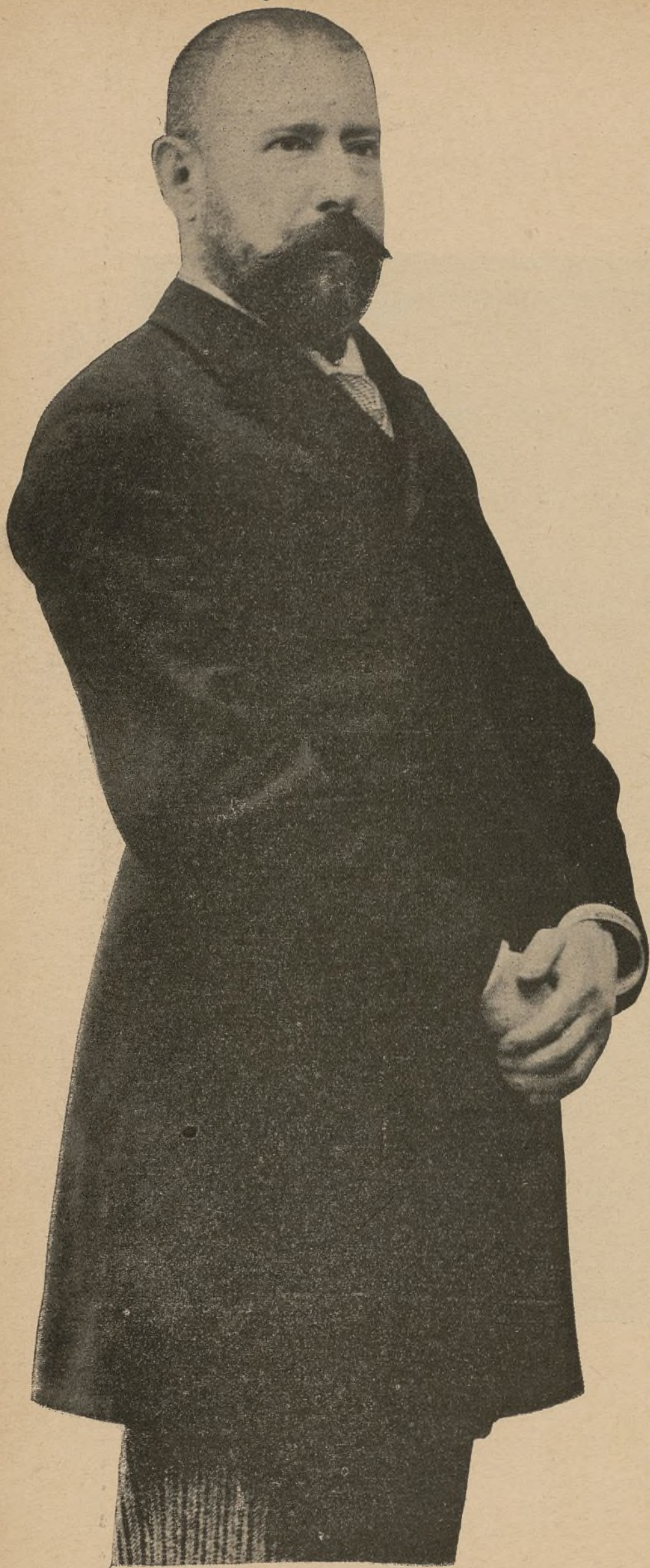
Que no hay asuntos..... ¡Si brotan
de todas partes!..... ¡Y buenos!
¡Si de lo que echas de menos
hay fuentes que no se agotan!
¿Mujeres y hombres, no hay ya?.....
Pues tiene que haber amores,
virtudes, luchas, dolores.....
y mientras haya eso, habrán
asuntos nuevos y bellos
para escribir cien mil tomos.....
Lo que hay es..... ¡que tú y yo somos
muy torpes *pa* dar con ellos!

JULIO ROMERO GARMENDIA.

Exposición de Bellas Artes



ALTO RELIEVE DE QUEROL



D. EUGENIO SELLES

RECÓNDITAS

COSAS TEMPRANAS

I.

¡Quince años! ¡Tienes novio! ¡Pobre niña!
 ¡Sus promesas de amor estás leyendo!
 ¡Deja la carta! ¡Ven á la ventana!
 ¿Ves aquel árbol del rincón del huerto?
 ¡Besado por el sol de una mañana,
 ha echado ya sus flores en Febrero!
 ¡No creas á tu novio ni á ese árbol,
 amor y primavera están aún lejos!
 ¡Quince años y llorando! ¡Qué te ocurre?
 ¡Por qué el raudal de tu dolor acerbo
 rueda por tus mejillas lentamente
 su rojo de amapola humedeciendo?
 ¡Tu novio? ¡Qué le pasa? ¡No te quiere!
 ¡Te ha olvidado? ¡Lo ves! ¡Cuán viejo es eso!
 ¡Los amores tempranos se van siempre
 con las primeras flores del almendro!

II.

¡Qué síntoma tan grave!
 Cuando tu rezo acabas
 ven todos que tu libro
 te llevas á la cara,
 pero ninguno advierte
 que no es en sus estampas
 donde tus puros labios
 en tu fervor descansas,
 sino que en vez de un santo,
 es lo que besas, rápida,
 un pensamiento seco
 prensado entre dos páginas!

III.

Estás inquieta, temblando,
 ¿no sabes qué pasa en ti?
 ¡Que á tu virgen corazón
 le llega su mes de Abril!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

NOCHE BORRASCOSA

Solitarias están las plazoletas
 de la ciudad; el huracán zumbando
 pasa las hojas secas arrollando
 y les da en el espacio volteretas.
 Girando dan chirridos las veletas....
 La tormenta retumba trepidando....
 El relámpago cruza flameando,
 y la lluvia rebota en las losetas.
 Un ciego y su perrillo se guarecen
 en un portal más humedo que el hielo;
 fugaz baja una chispa.... Se estremecen;
 destroza al hombre; estréllalo en el suelo;
 las pupilas del perro fosforecen....
 Huele al cadáver.... ¡y le ladra al cielo!.. ..

ENRIQUE REDEL.

QUISICOSAS

—¿Quieres conjugar conmigo
 el verbo amar!.....—dijo Elvira
 á un viejo que la miraba.....—
 Y él le contestó en seguida:
 —De buena gana lo hiciera;
 pero á mi edad, hija mía,
 á mi edad, no se conjuga;
 á mi edad ya, se *declina*.

Tan escotada Luz va
 que más no puede lucirse,
 y ella dice á su mamá
 que su esposo no la da
 siquiera para *vestirse*.

MIGUEL DE PALACIOS.

COSAS

(DIBUJOS DE GILLA.)



—Figúrate si tendré mala suerte, que ayer me da el señor González una moneda de dos pesetas; voy con ellas á comprar tabaco, y me dicen que son falsas.
—Pero ¿las dos?



—Tumbado paso la vida,
y alguien se figurará
que es por comida de menos,
y es por bebida de más.



—¡Ay! Jamás se ha interpuesto en mi camino un hombre seductor y libertino.



FILOSOFANDO

—Si fué de Putifar la digna esposa una mujer muy guapa, ¿por qué demonio esperaría Pepe á que ella le tirase de la capa?



TRIPLE ACRÓSTICO DIAGONAL POR FRANCISCO NOVEJARQUE

0 * * * * *
* 0 * * * *
* * 0 * * *
* * * 0 * *
* * * * 0 *
* * * * * 0

Sustitúyanse los ceros y estrellas por letras, de modo que horizontalmente se lea:

Pintor.—Nombre de varón.—
Para guardar.—Tiempo verbal.—
Infinitivo.—Nombre de varón.

En la diagonal de ceros se leerá el nombre de un dibujante, colaborador de esta Revista.

Variar el orden de colocación de modo que, en la misma diagonal, se lea el apellido de dicho dibujante.

Variar otra vez el orden en que están colocadas las palabras, y entonces se leerá el segundo apellido del susodicho dibujante.

DOBLE ACRÓSTICO DIAGONAL POR A. NOVEJARQUE

*
. * . . .
. . * . .
. * . . .
*

Reemplazados los puntos y las estrellas por letras, léase horizontalmente:

Río de Ciudad Real.—Adverbio.—Nombre de una Sirena.—Gigante que ahogó Hércules.—Población.

En las líneas diagonales de estrellas se leerá mi nombre dos veces.

NOMBRES ARITMÉTICOS POR M. MARZAL

Obra literaria + lo que afecta á un sentido—lo que tiene el que sufre=parte de los árboles.

Obra literaria. 36.151
Lo que afecta á un sentido. . . 2.426

DOBLE ESCALA POR F. NOVEJARQUE

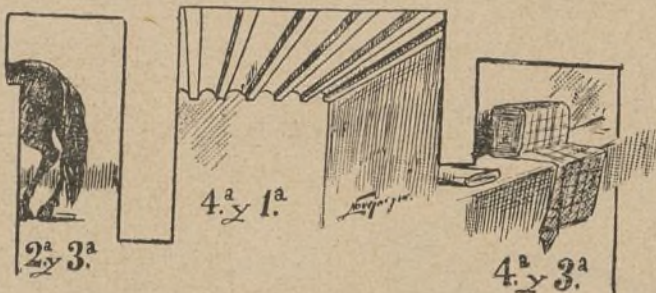
DO *	Cantidad.
RE **	Teatro.
MI ***	Pájaro.
FA ****	Personaje bíblico.
SOL *****	Militares.
LA *****	Reptiles.
SI *****	Nombre de varón.

TRIÁNGULO CHARADÍSTICO POR F. NOVEJARQUE

1.^a 2.^a 3.^a 4.^a
2.^a 3.^a 4.^a
3.^a 4.^a
4.^a

Léase horizontal y verticalmente:
Nación de Europa.—Musa.—Nombre de mujer.—Preposición.

CHARADA EN ACCIÓN, por A. Novejarque



POSITIVISMO

—Por esos labios de fresa
mi vida te diera yo.

—Pues mejor quiero un reló
de los que vende **La Inglesa**.

17, PRECIADOS, 17.

CANTAR

Para autores, Vital Aza,
Valencia para jardines;
y para buenas camisas,
las camisas de **MARTÍNEZ**.

San Sebastián, 2, Madrid

DR. BALAGUER, PRECIADOS, 25
INSTITUTO DE VACUNACIÓN DE TERNERA
Vacunación diaria de 2 á 5.
Se vende y remite vacuna á provincias.

FOSFATINA FALIÈRE ALIMENTO DE LOS NIÑOS

Las soluciones de los pasatiempos de este número
se publicarán en el siguiente.

**NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES
LITERARIOS NI ARTÍSTICOS**

Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra».

ESTRELLA LOGOGRÍFICA POR A. GARCÍA DIEGO

4
7 5
5 9 5
1 2 3 4 5 6 7 8 9 0
1 2 3 4 5 6 7 8 9
1 3 4 1 8 4 8 3
1 2 3 4 8 0 9
0 9 7 3 9 8 9 0
0 9 7 3 2 8 0 9 3
1 2 3 4 5 6 7 8 9 3
0 9 0
2 0
3

Consonante.—Letra.—Idem.—Nombre de mujer.—Idem de varón.—Idem, id.—Idem, idem.—Idem de mujer.—Idem de varón.—Idem, id.—Idem de mujer.—Nota musical.—Nombre de mujer.